

... que Sindbad El Marino siguió contando a
sus oyentes:

ME ENCONTRABA ASÍ VIVIENDO LA MÁS CÓMODA
Y GOZOSA DE LAS VIDAS, EN PLENAS DICHAS Y
DELICIA CUANDO UN DÍA MI CABEZA SE VIÓ
POSEÍDA POR LA IDEA DE VIAJAR DE NUEVO,
Y VER MUNDO Y CIUDADES E ISLAS !!!



DEAMBULAN
DURANTE
DÍAS Y CUANDO NO
PUEDEN MÁS VIVEN
CAYENDO AL FONDO
DONDE Mueren y
SE SECAN COMO
PEAVENAS
MOMIAS

(GUARDAVIVOS)
TMOLOURA MADERA PINTADA



ESCRITURA EN BEN YOUSSEF
LA LEYENDA DEL PRIMER COCODRILO ~ METAMORFOSIS



Este libro es un deseo de





Las Mil Noches y Una Noche

A PARTIR DE LA VERSIÓN INGLESA DE SIR RICHARD BURTON



Primera edición en REINO DE CORDELIA, octubre de 2024

Título original: *The Book of The Thousand Nights and a Night*

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia


 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

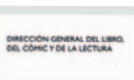
C/Agustín de Betancourt, 25, 6 pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción: © Diego Garrido, 2024

Ilustraciones: © Arturo Garrido, 2024



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura

IBIC: FC | Thema: FNM

ISBN: 978-84-19124-95-1

Depósito legal: M-21007-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



Las Mil Noches y Una Noche

A PARTIR DE LA VERSIÓN INGLESA DE SIR RICHARD BURTON



Selección y traducción de Diego Garrido

Ilustraciones de Arturo Garrido





NEGRO TIGER

TINTA ACRILICA

POCARISS

LAPID BLACK 199

(Leopards were once believed to be female tigers)

"PINTURAS DEL MUNDO FLOTANTE"



APUNTES DE FIERAS
PARA EL
LIBRO DE LAS MIL Y UNA NOCHES



ÍNDICE

Prefacio del traductor	17
HISTORIA DEL REY SAHRIYAR Y SU HERMANO	23
☞ Historia del buey y el asno	41
HISTORIA DEL MERCADER Y EL JINNI	51
☞ Historia del primer <i>shaykh</i>	55
☞ Historia del segundo <i>shaykh</i>	60
☞ Historia del tercer <i>shaykh</i>	64
HISTORIA DEL PESCADOR Y EL JINNI	67
☞ Historia del visir y el sabio Duban	76
☞ Historia del rey Sindibad y su halcón	81
☞ Historia del marido y el papagayo	84
☞ Historia del príncipe y la ogra	86
☞ Historia del príncipe hechizado	106
HISTORIA DE LA CIUDAD DE BRONCE	121
HISTORIA DE LAS AVES Y LAS BESTIAS Y EL CARPINTERO	173
LOS ERMITAÑOS	187
HISTORIA DE LAS AVES ACUÁTICAS Y LA TORTUGA	193
HISTORIA DEL LOBO Y EL ZORRO	199
☞ Historia del halcón y la perdiz	206
HISTORIA DE LA RATONA Y LA MANGOSTA	217
HISTORIA DEL GATO Y EL CUERVO	219

HISTORIA DEL ZORRO Y EL CUERVO	221
❧ Historia de la pulga y el ratón	223
❧ Historia del halcón sacre y las aves	226
❧ Historia del gorrión y el águila	227
HISTORIA DEL ERIZO Y LAS PALOMAS TORCACES	231
❧ Historia del mercader y los dos afiladores	233
HISTORIA DEL LADRÓN Y EL MONO	235
❧ Historia del tejedor imbécil	236
❧ Historia del gorrión y el pavo real	237
HISTORIA DE SIMBAD EL MARINO Y SIMBAD EL TERRESTRE	241
❧ El primer viaje de Simbad el Marino	245
❧ El segundo viaje de Simbad el Marino	257
❧ El tercer viaje de Simbad el Marino	268
❧ El cuarto viaje de Simbad el Marino	283
❧ El quinto viaje de Simbad el Marino	300
❧ El sexto viaje de Simbad el Marino	313
❧ El séptimo viaje de Simbad el Marino	325
HISTORIA DE ALÍ EL CAIROTA Y LA CASA ENCANTADA EN BAGDAD	339
❧ Historia del joven tirapedos	361
HISTORIA DE LA REINA DE LAS SERPIENTES	363
❧ Las aventuras de Bulukiya	370
❧ Historia de Janshah	407
Epílogo, bocetos, descartes e ideas	508



RITUAL
QUEMANDO
SECO Y MIRRA.

LAGARTOS



Para el puro todas las cosas son puras.

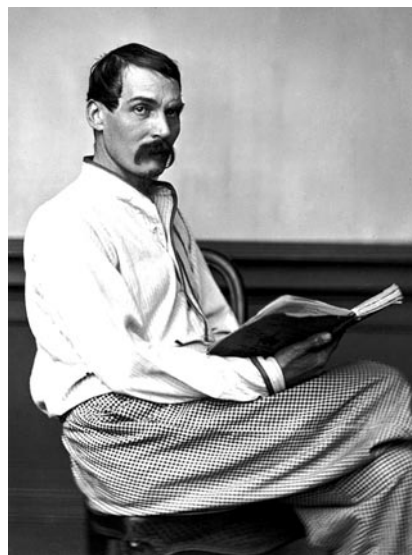
Proverbio árabe





Prefacio del traductor

RICHARD BURTON leyó *Las mil y una noches* por primera vez cuando era un niño, y no dejó de leerlas durante toda su vida. Pronto tuvo el deseo de rendirles tributo; con los años, este tributo tomó la forma de una probable traducción. Una íntegra, fiel, a partir del árabe; feliz, inocente, sexual, violenta: sin expurgar. El libro era fruto de una sociedad distinta, más libre, mejor, y ahí estaba para él el encanto. ¿Por qué hacerla nuestra si lo que nos gusta de ella es precisamente que no lo sea? Ninguna de las versiones existentes le convencía, en absoluto, y cuantas más leía más se irritaba, y más crecía en él la responsabilidad de hacer justicia al libro que amaba tanto. Pero no podía estarse quieto ni un solo minuto, y pensaba que sería más fácil alcanzar la gloria, o la fama —su obsesión, o la forma que acababan tomando todas sus variadísimas obsesiones—, mediante grandes des-



Richard Francis Burton en 1864.

cubrimientos geográficos y sociológicos, muy de moda en la época. Esta ocupación estaba más cerca de su espíritu; era incapaz, digo, de estarse quieto, de centrarse en un solo libro o en un solo tema o manía o lugar. Y así pasaron



Sir Richard Burton ataviado de árabe.

largos años en los que hizo literalmente de todo. A vuelatecla: estudió en Oxford; retó a un duelo a muerte a un estudiante que se había reído de su bigote; aprendió cetrería; se hizo soldado; aprendió idiomas; marchó a la India con la esperanza de matar o morir; vivió con simios y trató de aprender sus costumbres; compuso un detalladísimo manual de pederastia y morfología eunuca que le costó el puesto; trató de raptar a una monja de un monasterio por amor; peregrinó a La Meca disfrazado; escribió decenas de libros que nadie leyó; recibió el tajo de una jabalina en Somalilandia; tomó apuntes sobre el tamaño de los genitales masculinos en los distintos pueblos; marchó a la Guerra de Crimea como líder de los mercenarios otomanos Basi-bozuks; descubrió el lago Tanganica y, casi, el lago Victoria; se enfureció por el nombre que se le había dado

a este lago; fue al Far West y viajó en diligencia; aprendió a cortar cabelleras y logró nuevos enemigos; se casó; fue cónsul en una isla de Guinea Ecuatorial; aborreció su puesto; fue cónsul en Brasil; fue cónsul en Damasco; se vio exiliado en su propia casa en Inglaterra; buscó oro en el Asia Occidental; comprendió que se había hecho viejo en Trieste; escribió más de diez libros a un tiempo con más de diez plumas distintas y tradujo y anotó *El jardín perfumado*, *Los Lusíadas*, *Las mil noches y una noche* y el *Kama-Sutra*. No vio cómo su mujer quemaba sus papeles.

Burton tradujo el libro cuando ya no podía viajar más. Era para él el símbolo de su nostalgia, y cuando terminó al fin —diecisiete volúmenes de cuatrocient-

tas páginas cada uno— quedó realmente triste e indefenso. Fue un trabajo de amor. Como en todos los amores, temía el momento de la despedida, de ahí las infinitas, rarísimas, brillantes y a veces absurdísimas notas. En ellas, como en el también interminable ensayo final, acabó hablando, un poco sin quererlo, de sí mismo. Estas notas trazan, de manera caótica y apasionada, su propia biografía. Yo he añadido solo algunas que me han parecido divertidas o interesantes, a veces tanto como el cuento mismo. Respecto de la selección, he buscado ante todo la variedad; de aventuras, fama, longitud... La traducción, por su lado, trata de respetar en la medida de lo posible ese lenguaje un poco arcaizante, inocentísimo y directo de las *Noches* de Burton. También he tratado de rimar, mal que bien, los versos, pensando que en un libro así la opaca literalidad valía menos que la sorpresa. Los dibujos los hizo mi hermano durante un verano y un otoño entre Marruecos y Madrid.



La monumental traducción de Burton.

EL TRADUCTOR



¡EN EL NOMBRE DE ALÁ,
EL CLEMENTE, EL MISERICORDIOSO!

¡ALABADO SEA ALÁ, EL REY BENÉFICO, CREADOR DEL UNIVERSO
Y SEÑOR DE LOS TRES MUNDOS, QUE SIN PILARES ERIGIÓ EL FIRMAMENTO,
Y QUE LA TIERRA Y MARES EXTENDIÓ SUAVES COMO SÁBANAS
SOBRE TODAS LAS COSAS! ¡Y SEA LA GRACIA, LA BENDICIÓN
Y LA PLEGARIA CON NUESTRO SEÑOR MOHAMED, SEÑOR DE
LOS APOSTÓLICOS, Y SEAN SOBRE SU FAMILIA Y COMPAÑEROS
DE VIAJE LAS MÁS PERDURABLES BENDICIONES Y GRACIAS,
HASTA EL DÍA DEL JUICIO, AMÉN!
¡OH, AMO Y SEÑOR DE LOS TRES MUNDOS!






QESO FUE HACE MUCHO TIEMPO. Pero verdad es que las obras y palabras de quienes alguna vez nos precedieron deben convertirse en ejemplo poderoso para el hombre de hoy, que puede comprobar las instancias, desdichas y venturas que acontecieron a otros antes que a él y tomarlas así como advertencia; puede examinar, si así lo desea, los anales y vivencias de los pueblos antiguos y sus antiguas gentes y todo lo que entonces sucedió y convertirse mediante su buen ejemplo en hombre cauteloso y precavido. —¡Alabado sea, entonces, Aquel que hizo de las historias del Pasado una amonestación para el Presente!—. Y estas instancias, desdichas y venturas fueron llamadas *Las mil noches y una noche*, y con ellas sus largamente afamadas leyendas y maravillas. Como las que encontramos en:



Historia del rey Sahriyar y su hermano

UÉNTASE ALLÍ (¡pero Alá es más sabio y mejor conocedor de todas las cosas!) que en la marea perdida de los tiempos, hace muchos, muchos días vivió un rey de reyes entre los reyes de Banú-Sasán, en las Islas de la India y de la China, señor y dueño de incontables ejércitos, guardianes, criados y servidores. Dejó tan solo dos hijos, uno de ellos en la flor de la edad adulta, el otro todavía joven, ambos apuestos y valientes, el mayor más hábil jinete que el pequeño. El mayor heredó el imperio, y con justicia gobernó sobre la tierra y reinó sobre sus súbditos, tan ejemplarmente de hecho que era querido por todas y cada una de las gentes de su capital y su reino. Su nombre era rey Sahriyar, e hizo a su hermano menor, Sah Zamán, rey de Samarcanda en Tierras Bárbaras. Ambos residían en sus extensos dominios y la ley siempre se cumplía con puntualidad en ellos; cada uno gobernaba su reino con equidad y trato justo para con sus vasallos, en extremos solaz y disfrute, y ambos llegaron al límite de la abundancia y de la dicha. Pero al fin del vigésimo año, el rey primogénito, que anhelaba la compañía de su hermano menor, sintió que debía verlo otra vez. De forma que pidió consejo a su visir, pero el ministro encontró el proyecto inasequible y recomendó la escritura de una carta y su envío junto con un regalo que sirviesen como invitación. Aceptando el consejo del visir, el rey ordenó inmediatamente preparar los más hermosos obsequios, tales como

corceles con monturas de oro y gemas incrustadas, mamelucos o esclavos blancos, bellísimas doncellas vírgenes de senos altos y duros y las telas más espléndidas y costosas. Luego escribió una carta a Sah Zamán expresando su cálido amor y su deseo imperioso de verlo, y acabó con estas palabras: «Esperamos, pues, del afecto y favor del hermano querido, que condescenderá y volverá sus ojos sobre nosotros. Enviamos también a nuestro visir para que haga todas las ordenanzas y pertinencias, pues nuestro único deseo es volver a ver antes de partir de este mundo el rostro de tan amado gobernante; pero si se retrasase o nos defraudase no sobreviviríamos al disgusto. ¡La paz sea con él!».

El rey Sahriyar, tras sellar la misiva y entregársela junto a las ofrendas antes mencionadas al visir, le ordenó recortar sus faldas, ponerse en marcha cuanto antes y llevar al límite sus fuerzas si fuese necesario.

—¡Escucho y obedezco! —dijo el ministro, que inmediatamente comenzó a preparar los bultos y equipajes para la pronta partida.

Esto le llevó tres días, y al amanecer del cuarto se despidió de su rey y marchó veloz sobre el desierto y la montaña, sobre el pedregoso yermo y el fecundo prado, sin detenerse durante la noche siquiera. Pero cada vez que entraba en un reino cuyo gobernador vivía sujeto a las leyes de su soberano, era recibido con magníficos agasajos de oro y de plata y toda clase de regalos hermosos y raros, y quedaba allí por tres días enteros, según marca la norma de la hospitalidad. Cuando al cuarto se ponía en marcha otra vez, era honorablemente escoltado por otras veinticuatro horas de viaje. Tan pronto como el visir se vio cerca de la corte de Sah Zamán en Samarcanda, ordenó informar de su llegada a uno de sus más altos funcionarios, quien se presentó ante el rey y, tras besar la tierra entre sus manos, entregó el mensaje. Acto seguido el rey ordenó a varios señores y grandes de su reino que partieran para reunirse con el visir de su hermano, a la distancia de una jornada completa de marcha; cosa que hicieron, saludándole respetuosamente y deseándole toda prosperidad, formando luego una escolta y partiendo junto a él en caravana. Cuando el visir entró en la ciudad, fue directo a palacio, donde se presentó ante los servidores reales, y, después de besar la tierra y pronunciar una oración por la salud y la felicidad del rey y por su

pronta victoria sobre todos sus enemigos, le informó de que su hermano se moría por verlo y rogó por que le fuese concedido a este el honor y el placer de una visita. Después entregó la carta, que Sah Zamán tomó en sus manos y leyó: contenía numerosas sugerencias e insinuaciones que requerían de sesuda reflexión. Una vez hubo comprendido el rey a cabalidad su contenido, dijo:

—¡Escucho y obedezco las órdenes de mi querido hermano! Pero no partiremos hasta que hayan acabado los tres días que marca la norma de la hospitalidad.

Designó así para el ministro unos bellos aposentos en palacio e hizo levantar tiendas para las tropas y las suplió de todos los víveres y otro tipo de necesidades que pudieran requerir. En el cuarto día se preparó para el viaje, reunió suntuosos regalos acordes a la majestad de su hermano mayor y nombró a su principal visir virrey de la tierra durante su ausencia. A continuación hizo traer sus tiendas, sus camellos y sus mulas y dispuso el campamento a la vista de la ciudad, con todos sus fardos y cargas y guardianes y asistentes listos para la partida a la mañana siguiente, dirección a la capital de su hermano. Pero, una vez pasada la media noche, pensó que había olvidado en su palacio algo que debía llevar consigo. Regresó en secreto y en secreto entró a sus aposentos, donde encontró a la reina, su esposa, dormida sobre su propio lecho alfombrado rodeando con ambos brazos a un cocinero negro de aspecto repulsivo y sucio de grasa y mugre de cocina. Al ver esta escena, el mundo oscureció para él, y se dijo: «Si cosa tal sucede mientras aún estoy a la vista de la ciudad, ¡qué no hará esta ramera durante mi larga ausencia en la corte de mi hermano!». Y desenvainó su cimitarra y, partiéndolos a ambos en cuatro pedazos de un solo y pertinaz movimiento, los dejó sobre la alfombra para regresar a su tienda sin contar a nadie lo que había visto. Entonces dio orden de salir inmediatamente y enseguida emprendió viaje, pero no podía evitar pensar en la traición de su esposa, y una y otra vez se decía: «¿Pero cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo ha podido buscarse así su propia destrucción?». Hasta que un dolor insufrible se apoderó de él, su carne se puso de color amarillo, sus piernas empezaron a flaquear y se vio amenazado por los peligros de una enfermedad espantosa que rápidamente lleva a los hombres a la tumba.

El visir reorganizó sus etapas planificadas y se demoró largo tiempo en estaciones de agua e hizo todo lo que pudo para aliviar los dolores terribles del rey. Pero una vez se hubo acercado Sah Zamán a la capital de su hermano mayor, envió a varios mensajeros de avanzadilla llenos de mensajes de alegría y buenas noticias para anunciar su llegada, y rápidamente Sahriyar acudió a este llamado junto a los visires, emires, señores y grandes de su reino; saludó a todos y se vio henchido de alegría ante la perspectiva de tan jubiloso reencontro, e hizo decorar la ciudad con honores para la ocasión. Sin embargo, una vez se hubieron encontrado los dos hermanos, el mayor no pudo sino pensar en el cambio que se había producido en la complexión del pequeño, y le preguntó sobre su caso, a lo que respondió el otro:

—¡Oh! ¡Esto es culpa de las tribulaciones del camino, y mi caso necesitará de atención y cuidados, por supuesto, pues he sufrido mucho con el cambio de aires y de agua! Pero, ¡alabado sea Alá por haberme reunido de nuevo con un hermano tan querido y estupendo! —De esta forma prefirió disimular y guardar su secreto, y añadió—: ¡Oh, rey del tiempo y califa de los días, tan solo el cansancio y el trabajo han amarilleado mi piel y hundido mis ojos en estas cuencas moradas que ahora ves!

Los dos entraron a la capital rodeados de todos los honores, y el hermano mayor alojó al menor en un palacio que dominaba el jardín de recreo. Después de un tiempo, y al ver que su condición no mejoraba, decidió atribuirlo sencillamente a la separación de su país y de su reino. Así que le dejó hacer a su manera, y no lanzó más preguntas, hasta que una mañana dijo:

—¡Oh hermano mío! Veo que amarilleas con los días y flaqueas con las horas...

—¡Oh, mi hermano cariñoso y preocupado! —respondió Sah Zamán—. Tengo un problema interno, y nada más.

Pero ni siquiera entonces quiso contar lo presenciado y acontecido con su esposa. Y Sahriyar llamó a sus mejores doctores y cirujanos para pedirles que trataran a su hermano de acuerdo a las más nobles reglas de su arte, cosa que ellos hicieron durante un mes entero; pero sus potingues y pociones no sirvieron de nada, pues Sah Zamán no dejaba de pensar en las contingencias de su mujer,

y el desánimo, en lugar de disminuir, prevalecía, y el tratamiento con sanguijuelas no surtió efecto alguno. Un día su hermano mayor se acercó a él y le dijo:

—Salgo a cazar y cabalgar y a disfrutar de mi tiempo a placer. Tal vez te apetezca venir conmigo y esto sane tu corazón.

Pero Sah Zamán rechazó la oferta:

—¡Hermano mío! Mi alma no anhela diversiones de ningún tipo, y solo te pido que me dejes permanecer a solas con mi enfermedad.

El rey Sah Zamán pasó la noche en el palacio, y a la mañana siguiente, cuando su hermano ya había partido, salió de sus aposentos y se sentó junto a una de las ventanas enrejadas que daban a los jardines de recreo. Allí quedó con el pensamiento triste sobre la traición de su esposa, y suspiros abrasadores se abrían una y otra vez paso por su torturado pecho hasta escapar por su boca. Así siguió por un rato hasta que, ¡ah!, ¡he aquí que un portón trasero, uno que permanecía siempre bien cerrado, se abrió de pronto, y por él salieron lo que parecían veinte esclavas rodeando a la mujer de su hermano! Era ella bellísima, un ejemplo de hermosura y finura perfectas y de simetría y de gracia, de una ligereza comparable a la de una gacela sedienta en busca de una fresca corriente. Rápidamente Sah Zamán se apartó de la ventana, manteniendo al grupo a la vista, y lo espió desde un lugar en el que difícilmente podría ser descubierto. Ellas pasaron por debajo de la misma celosía, y avanzaron un poco por el jardín hasta llegar a una magnífica fuente que lanzaba chorros que ascendían y caían para morir sobre una generosa balsa de agua pura; entonces se despojaron de sus ropas y, ¡ah!, ¡he aquí que diez de ellas eran mujeres concubinas del rey y las otras diez eran en verdad esclavos blancos! Se agruparon por parejas, y la reina, que había quedado sola, lanzó rápidamente un grito seco:

—¡Aquí, mi señor Saeed!

De uno de los árboles bajó de un salto un inmenso y babeante negrazo con ojos saltones blanquísimos: una visión verdaderamente espeluznante. Caminó ansioso hasta ella y la rodeó tal cual era con sus brazos anchos, y ella a él con igual calidez. El negro enroscó sus piernas en las de la reina como un botón que se cierra y al suelo se dejó caer, y la gozó. Lo mismo hicieron los otros esclavos





con las diez concubinas hasta que todos hubieron satisfecho sus pasiones y necesidades; que hasta entonces no habían dejado de besar y revolcar por un solo segundo, copulando y saboreando hasta la caída del sol. Una vez se hubieron separado los mamelucos de los senos de las bellas doncellas y el negro hubo descabalgado a la reina, los hombres volvieron a sus disfraces y todos excepto el negrazo, que volvió a trepar al árbol, entraron de nuevo a palacio y cerraron cuidadosamente el portón trasero para dejar todo como estaba antes de sus diversiones.

Y he aquí que, cuando Sah Zamán descubrió este comportamiento en su cuñada, se dijo: «¡Por Alá que mi desgracia es ligera al lado de esto! Mi hermano es un rey de reyes, uno más grande que yo, ¡y aún así la infamia se cuela en los jardines de su propio palacio, y su esposa no está enamorada sino del más inmundo entre los inmundos! Pero esto tan solo demuestra que todas son iguales y que no hay mujer que no haga cornudo a su marido. ¡Que la maldición de Alá sea sobre todos y cada uno de los necios que en ellas se apoyan y buscan consuelo!». De esta forma se sacudió la melancolía y el abatimiento, el pesar y la pena, y una y otra vez se repitió esas palabras para alejar su miseria, añadiendo: «¡Por Alá que ningún hombre está libre en este mundo de sus triquiñuelas y artificios!».

Cuando llegó la hora de cenar le llevaron a sus aposentos bandejas repletas de manjares que él devoró con apetito, pues hacía tiempo que se abstenía de comer carne y se sentía incapaz de probar alimento alguno por delicado que fuera. Después dio gracias a Alá Todopoderoso, alabándolo y bendiciéndolo, pasó una noche tranquila durmiendo a pierna suelta y volvió a saborear así las dulces mieles del sueño. Al día siguiente rompió también su ayuno y empezó a recuperar la salud y la fuerza, y pronto se vio de nuevo en una condición excelente. Diez días después, su hermano regresó de sus recreos y acudió a su encuentro, y ambos se saludaron. Cuando el rey Sahriyar miró al rey Sah Zamán, vio cómo y con qué fuerza había resurgido en él la salud, cómo su rostro había ganado color y cómo devoraba ahora un manjar tras otro con apetito tras su raquítico período de dieta. Se maravilló sobremanera y dijo:

—¡Oh mi hermano! ¡Cómo me hubiera gustado que te unieras a mí en mis cazas y rastreos, y compartieses mi regocijo y diversión en estos mis dominios!

Sah Zamán le dio las gracias y luego se disculpó, después ambos subieron a sus caballos y cabalgaron hasta la ciudad. Cuando estuvieron asentados cómodamente en el palacio, empezaron a desfilar ante ellos bandejas de manjares y devoraron hasta sentirse del todo llenos. Una vez vieron retirar los restos y huesecillos y se hubieron lavado las manos, el rey Sahriyar dijo:

—¡Cómo me asombra tu condición! Estaba deseoso de llevarte conmigo de caza, pero te vi tan mal, tan amarillento y flaqueante y con la mente tan atormentada... Pero ahora, gracias a Dios (¡la gloria sea con Él!), no veo sino tu color natural, que ha regresado a tu rostro y que te hace lucir perfectamente sano. Estaba convencido de que tu enfermedad era producto de la separación de tu familia y amigos, y de la ausencia de tu reino y tu capital, así que me abstuve de incordiarte con más preguntas. Pero ahora te suplico que me expongas la causa de tus pesares y tu cambio de color, y me expliques el motivo de tu recuperación y vuelta al tono de la salud. ¡Así que habla, y nada escondas!

Cuando Sah Zamán escuchó esto inclinó la cabeza hacia el suelo, luego la levantó y dijo:

—Te diré, ¡oh hermano!, qué causó mi pesar y mi cambio de color. Pero, por favor, perdóname el motivo de mi recuperación y vuelta a la salud. De hecho te suplico que no me presiones en absoluto sobre este punto.

Sahriyar, sorprendido por estas palabras, dijo:

—Pues cuéntame entonces qué produjo tu palidez y tu pobre condición.

—Debes saber, ¡oh hermano mío! —replicó Sah Zamán—, que cuando enviaste a tu visir con la amable invitación de visitar tu reino, yo rápidamente hice mis maletas y salí de mi ciudad, pero entonces me acordé de que me había dejado en palacio un paquete de joyas para ti. Volví allí solo y encontré a mi esposa sobre nuestro lecho alfombrado en brazos de un horrible y grasiento cocinero negro. Así que los ajusticié a ambos y partí de inmediato a tus dominios, pero mis pensamientos habían quedado allí y daban vueltas una y otra vez sobre el asunto, hasta que al fin perdí la flor de mi salud y me debilité. Pero perdón si me niego ahora a relatarte la razón de mi mejoría.

Sahriyar sacudió la cabeza, maravillado en el extremo de la maravilla; pero con el fuego de la ira ardiendo vivo en su corazón, exclamó:

—¡Ciertamente la mezquindad de la mujer es ilimitada! —Buscó refugio a la sombra de Alá, y continuó—: En verdad que te has liberado de muchos males al ajusticiar a tu esposa, ¡oh hermano mío!, y bien comprensibles resultan las razones de tu ira y tu dolor ante tamaña infamia, que nunca antes había sacudido a un rey de tu condición y prestigio. ¡Por Alá que si este hubiera sido mi caso, no me habría visto satisfecho sin ajusticiar antes a mil mujeres en un acceso de locura feroz! Pero demos gracias a Alá, que ha templado tus tribulaciones. Ahora es necesario que me hagas saber qué te ha devuelto tan repentinamente el tono colorado y la salud, y me expliques los motivos de este encubrimiento tuyo.

—¡Oh rey de los tiempos, te pido de nuevo que me disculpes de hacer tal cosa!

—No, no. Debes hacerlo.

—Temo, ¡oh mi hermano!, que mi relato te cause más ira y dolores de los que me afligieron a mí.

—Con más razón, entonces —dijo Sahriyar—. Debes hablar y te conmino por Alá a que no guardes nada en absoluto.

Acto seguido Sah Zamán relató a su hermano todo cuanto había visto, desde el principio hasta el final. Terminó con estas palabras:

—Cuando vi tu calamidad y la traición de tu esposa, ¡oh hermano!, y tras reflexionar que eres en años mayor y en poderes y soberanías superior, mi propia pena se vio despejada y mi espíritu recuperó el tono y el temperamento. Me deshice así de la melancolía y el pesar, y fui otra vez capaz de comer y beber y dormir. De esta forma gané rápidamente mi fuerza y salud. Esta y no otra es la verdad.

Una vez el rey Sahriyar hubo escuchado esto, casi se prende fuego de la ira y por poco la rabia acaba con él, pero se recuperó.

—¡Oh mi hermano, no me atrevería jamás a llamarte mentiroso, pero no creeré una cosa así hasta que mis propios ojos la vean!

—Y descubrirás por ti mismo tu calamidad —añadió Sah Zamán—: Álzate, pues, y prepara una partida de caza y pasatiempos, luego escóndete conmigo de manera que lo presencies con tus propios ojos y confirms lo que te digo.

—Hagámoslo así —dijo el rey.

Hizo pública su intención de viajar de nuevo y las tropas y las tiendas acamparon fuera de la ciudad, a la vista, y Sahriyar salió también y tomó asiento junto a su huésped, ordenando a los esclavos que ningún hombre o mujer los molestase. Cuando la noche cayó, llamó a su visir:

—Ponte en mi lugar y no dejes saber a nadie de mi ausencia hasta el término de tres días.

Los hermanos se disfrazaron y volvieron de noche, en secreto, a palacio, donde pasaron las horas oscuras. Al amanecer se sentaron a la celosía. Estaban allí mirando los jardines de recreo cuando de pronto la reina y sus doncellas salieron de igual forma que la vez anterior y, pasando por debajo de la ventana llegaron hasta la fuente. Allí se desnudaron, diez de ellas en realidad hombres que con diez mujeres se emparejaban. La esposa del rey gritó:

—¡Dónde estás, oh Saeed!

Y el espantoso negrazo cayó de su árbol al instante, y corriendo veloz hasta los brazos de la reina, gritó:

—¡Ah, soy yo, Sa'ad al-Din Saood!

Ella rio con fuerza y rápidamente todos se dejaron caer sobre la hierba entrelazados para satisfacer su apetito, y así se mantuvieron ocupados por un par de horas enteras, hasta que los esclavos blancos se separaron de los senos de las doncellas y el negro descabalgó a la reina, entonces se metieron en la fuente y, tras realizar el *guls* o ablación completa, se vistieron y retiraron tal y como hicieran la vez anterior. Cuando el rey Sahriyar contempló esta infamia de su esposa y sus concubinas, empezó a echar humo y exclamó:

—¡Solo en la soledad total puede un hombre estar a salvo de los dolores de este mundo vil! ¡Por Alá que la vida no es más que un cúmulo de sinsabores! —Y añadió—: No discrepes conmigo, ¡oh mi hermano!, en lo que voy a proponer ahora.

—No lo haré —respondió.

—Levantémonos, pues, y partamos de aquí, que poco tenemos que ver ya con la realeza. Recorramos las tierras de Alá adorando siempre al Todopoderoso hasta encontrar a quien haya sufrido una calamidad similar. ¡Y si no lo hacemos, si no encontramos a nadie, entonces la muerte será más bienvenida que la vida! —dijo Sahriyar.

Los dos hermanos abandonaron el palacio por una puerta secreta y no escatimaron el caminar día y noche hasta que llegaron a un árbol en medio de un prado junto a un manantial de dulcísima agua a los pies de un mar salado y tranquilo. Bebieron del agua dulce y se sentaron a la sombra del árbol; cuando hubo pasado una hora, ¡ah!, ¡he aquí que oyeron un terrible estruendo y alboroto procedente del mar! Parecía como si los cielos se derrumbasen, las olas rompían aterradoras sin descanso frente a ellos y del agua brotaba poco a poco un pilar negro que crecía y crecía hasta rozar los cielos; luego, pasó a aproximarse veloz hacia la orilla. Al ver esto los dos hermanos se pusieron blancos y treparon a la copa del árbol, que era alto y espacioso, y desde allí miraron a ver cuál era el problema. ¡Y he aquí que se trataba de un *jinni*¹, gigantesco en altura y con un pecho voluminoso y abombado, ancho de frente y negro de sangre! ¡Y sobre su cabeza portaba un cofre de cristal! Caminó el genio tan largo como era hasta la tierra, fatigando las profundidades, y una vez hubo llegado al árbol donde se escondían los dos reyes, se sentó a su sombra, puso el cofre sobre sus piernas cruzadas y sacó de él una caja con siete candados de acero que abrió uno tras otro con siete llaves que guardaba en uno de sus propios pliegues y de la caja salió una joven dama de piel blanca y porte encantador, de figura esbelta y fina,

¹ Me parece interesante señalar la conexión, en ningún caso casual, del Jinn con el *genius* de los romanos, procedente a su vez de los etruscos del Asia. Este era desconocido para los griegos, que tenían su *daimon* (δαίμων), una familia que venía separada, como el Jinn y el *genius*, en dos categorías: los buenos (*Agatho-dæmons*) y los malos (*Kako-dæmons*). No sabemos mucho acerca de la consideración del Jinn entre los premusulmanes o árabes paganos: los musulmanes hicieron de él un ser sobrenatural y antropomorfo —creado a partir de un fuego sutil (Corán, caps. XV. 27; LV. 14) y no a partir de la tierra como el hombre— que iba propagando su especie bajo el signo de poderosos reyes, el último de ellos Jan Bin Jan, misionarizado por profetas y sometido a muerte y Juicio. De la misma raíz procede *junún* = locura (es decir, posesión u obsesión del Jinn), y *majnún* = loco. Según R. Jeremiah bin Eliazar, en el Salmo XLI. 5, Adán es excomulgado por ciento treinta años durante los cuales engendra hijos a su propia imagen y semejanza (Gén. V. 3); estos fueron *mazzikin* o *shedim*: Jinn. [Todas las notas, a no ser que se indique lo contrario a su inicio, serán de Richard Burton].



brillante como la luna en el decimocuarto día o el sol sin nubes en un día de lluvia. Que ya lo dijo el poeta: «¡Como una luciérnaga solitaria en la noche brilla! / ¡Como la luna en lo oscuro, inmensa y amarilla!».

El genio la sentó bajo el árbol a su lado y, mirándola, dijo:

—¡Oh, amor privilegiado de mis días! ¡Oh nobilísima dama, a quien arrebaté en la noche oscura de sus nupcias para que nadie sino yo saboreara su pureza! ¡Oh, doncella a quien nadie ha gozado más que yo mismo! ¡Amor mío y solo mío! Quisiera dormir un poco.

Se ladeó y apoyó la cabeza sobre los muslos de ella y, estirando unas piernas que se alargaban hasta el mar, durmió, roncó y gruñó como un trueno que retumbaba. En ese momento la dama levantó la mirada hacia la copa del árbol y descubrió allí a los dos reyes agazapados, aupó suavemente de sus muslos la cabeza enorme del genio que estaba cansada de sostener y la colocó sobre la tierra. Después, erguida bajo el árbol, hizo señas a los reyes:

—Bajad, vosotros dos, no temáis nada de este *efrit*².

Ellos sintieron un miedo terrible al ser descubiertos, y respondieron mediante el mismo método:

—¡Alá sea contigo y tu modestia, oh dama! ¡Disculpa que no bajemos!

—¡Alá sea con vosotros, bajad de inmediato! —dijo ella—. ¡Si no lo hacéis despertaré a mi esposo, este *efrit*, y os hará sufrir la más horrible de las muertes! —Y siguió haciéndoles señas. Ellos, asustados, bajaron del árbol y ya frente a frente, ella les dijo—: Ensartadme con vuestras lanzas sin demora, o de lo contrario despertaré y arrojaré sobre vosotros a este monstruo, que os descuartizará al instante.

—¡Oh dama, te rogamos por Alá que nos dispenses de hacer tal cosa, pues tenemos un miedo horroroso a tu marido! ¿Cómo podríamos ser tan necios? —respondieron ellos.

—Basta de cháchara: hacedlo y ya —exhortó ella, y juró por Aquel que los Cielos ha erigido sin la ayuda de pilares que, de no hacerle caso, los haría destruir y arrojar al océano.

² Esta variedad del Jinn es generalmente, pero no siempre, malvada y hostil con los humanos (Corán XXVII. 39).

El rey Sahriyar, muy asustado, le dijo al rey Sah Zamán:

—¡Oh mi hermano, haz lo que te ordena!

—¡No lo haré hasta que tú no lo hayas hecho! —respondió. Y empezaron a discutir sobre las distintas posibilidades.

—¿Cómo? ¿Es que os veo acaso discutir y objetar? Si no os acercáis y como hombres cumplís con vuestro deber, despertaré ya mismo al *efrit* —les dijo.

Ante esto, y debido al gran temor que sentían por los genios, ambos hicieron lo que se les ordenaba. Una vez la hubieron descabalgado, ella dijo:

—¡Bien hecho! —Sacó de su bolsillo un saquito y de él un collar compuesto por quinientas setenta sortijas con sello y preguntó—: ¿Sabéis qué es?

—¡No, mi señora!

—Son los sellos de los quinientos setenta hombres que han lustrado los cuernos de este tonto e inmundo *efrit*. Dadme ahora mismo vuestros dos anillos, hermanos, de forma que los incluya en mi ajuar. —Cuando lo hicieron, dijo—: En verdad que este *efrit* me raptó en mi noche de bodas y me metió en esa caja y metió la caja en el cofre y añadió a este siete candados de acero y me depositó en el más profundo fondo de ese mar que brama lleno de olas y de furia, pues me quería custodiar de manera que me mantuviese casta y pura. ¡Ja ja! ¡Pues toma! Que he yacido en brazos de tantos de mi especie como he querido, y este tonto y pobre genio no sabe que el destino no puede torcerse a voluntad, y que aquello que una mujer desea lo consigue. Ya lo dijo el poeta: «¡En el corazón de la mujer tú no confíes / y trátalas como a las cabras! / ¡Pues su buen o mal humor depende / de los caprichos de su vulva! / ¡Recuerda del sabio Yusuf³ las palabras! / ¡Y cómo buscó Iblis⁴ la perdición de Adán! / ¡Las puertas de tu corazón tú no les abras!».

³ El José del Corán, muy distinto al José del Génesis. Lo encontraremos muchas veces a lo largo de las *Noches*.

⁴ «Iblis», escrito vulgarmente «Eblis», a partir de una raíz que significa El Desesperado (The Despairer), de una semejanza sospechosa a diabolos; probablemente a partir de «Balas» —un libertino. Algunos traducen como El Calumniador, como Satán es El Que Odia. Iblis (que aparece en la versión árabe del *Nuevo Testamento*) sucedió a otro ángel rebelde, Al-Haris; y su historia de orgullo —se negó a adorar a Adán— es relatada cuatro veces en el Corán a partir del *Talmud* (Sanhedrim 29). Hizo que Adán y Eva perdieran el Paraíso (II. 34), y trataba de traicionar a la Humanidad (XXV. 31); al fin de los tiempos, acompañado de los otros demonios, «sería postrado de rodillas alrededor del Infierno» (XIX. 69). Se va a llevar así la peor parte del pastel, pero yo sospecho, junto a Origen, Tillotson, Burns y muchos otros, que no dará su brazo a torcer tan fácilmente.

Estas palabras dejaron a los hermanos maravillados en el colmo de la maravilla, y ella se dio la vuelta y volvió con el *efrit*. Tras tomar de nuevo su cabeza para colocarla sobre sus muslos, les ordenó a los reyes:

—Ahora, seguid vuestro camino y alejaos de este bellaco.

Partieron los dos, diciéndose el uno al otro: «¡Alá! ¡Alá!». Y luego el mayor:

—Ciertamente que no hay majestad o poder salvo en El Glorioso, El Grande. En Él buscaremos refugio de la malicia y malas artes de la mujer, porque en verdad que no hay otro que se le iguale en poderío y sapiencia. Piensa, ¡oh mi hermano!, en los oficios de esta dama extraordinaria con un *efrit* que es mucho más poderoso que nosotros. A él ha ocurrido una desgracia más grande, y esto debe traernos abundante consuelo. Volvamos pues a nuestros países y capitales, y tomemos la decisión de jamás vincularnos con las mujeres, y mostrémosles nuestro poder y determinación.

Acto seguido, cabalgaron de regreso a las tiendas del rey Sahriyar y llegaron con el amanecer del tercer día. Una vez allí, y tras reunirse con los emires, visires, chambelanes y más altos funcionarios, fue entregada una túnica honorífica al virrey, que había cumplido con justicia su misión, y se ordenó un regreso inmediato a la ciudad. Una vez se vio sentado de nuevo a su trono, el rey Sahriyar hizo llamar a su primer ministro, el padre de las dos doncellas que (¡si Dios quiere!) serán mencionadas muy pronto, y le dijo:

—Te ordeno, ¡oh ministro!, que arrestes a mi esposa y la golpees hasta la muerte, pues ella ha quebrantado su juramento y su fe.

Él la llevó al lugar de ejecución y allí la hizo morir. Luego, el mismo Sahriyar tomó un acero afilado y con él fue hasta su serrallo⁵, donde despedazó a sus concubinas y mamelucos. También juró mediante juramento vinculante que cualquiera que fuese su esposa a partir de entonces, perdería su virginidad durante la noche y su vida durante la mañana. De esta manera haría preservar su propio honor y el de su reino.

⁵ [Nota del traductor.] Palacio o residencia de un regidor turco. La imprecisión deliberada y la mezcla de geografías es típica de las *Noches*.

—Pues nunca hubo ni habrá mujer casta sobre la faz de la Tierra —dijo.

Entonces Sah Zamán pidió permiso para volver a casa, y este le fue concedido; partió colmado de bienes y fue escoltado hasta las puertas de su propio país. Mientras, Sahriyar ordenaba a su visir que le trajera ya a la novia de esa noche para que él pudiera montarla. Pronto le fue presentada la más bella dama del lugar, hija de uno de los más eminentes emires, y con ella yació el rey desde el crepúsculo. Cuando vio salir el sol otra vez, ordenó a su ministro que le fuese retirada la cabeza; y el visir actuó temeroso de acuerdo con los deseos del sultán. De esta forma procedió el rey por un espacio de tres años, tomando una doncella cada noche y haciéndola decapitar por la mañana, hasta que el pueblo lanzó un clamor contra él y lo maldijo, rogando a Alá que los destruyese; las mujeres armaron un escándalo y las madres lloraron y se lamentaron y los padres huyeron con sus hijas: hasta que no quedó en la ciudad una joven apta para la cópula carnal. En seguida el rey ordenó a su primer visir, el mismo que estaba a cargo de las ejecuciones, que le trajese a una virgen como era su costumbre. El ministro salió, y buscó y buscó, pero no pudo encontrar ninguna; así que volvió a su casa lleno de tristeza y angustias, pues temía por su propia vida. Él tenía dos hijas, Sahrazad y Dunyazad⁶, de las cuales la mayor había leído los libros, anales y leyendas de los reyes pretéritos, y conocía las historias, ejemplos e instancias de los hombres y cosas pasados. De hecho se decía de ella que había llegado a coleccionar mil libros de crónicas y cronologías relacionadas con las razas antiguas y los monarcas remotos, que había recorrido y aprendido de memoria la obra de los poetas, estudiado las filosofías y las ciencias, las artes y los hitos. Además, era agradable, educada, sabia e ingeniosa, bien leída y alimentada. Pues bien, ese día le dijo a su padre:

—¿Por qué te veo tan alicaído y cambiado, oh padre? Que ya lo dijo el poeta: «Dile a aquel que tristezas tenga / que sus tristezas pasarán. / Como pasará su alegría / y el recuerdo de este día».

⁶ En persa, «Sahrazad» = ciudad libre; en la versión más antigua, Scherezade (probablemente ambas derivadas de Shirzád = nacida del león). «Dunyázád» = mundo libre. Galland, para la segunda, prefiere Dinarzade, no sé por qué, y Richardson Dinazade (Dinázád = religión libre).

Cuando el visir escuchó estas palabras de su hija, rápidamente le contó, de principio a fin, todo lo que había sucedido entre él y el rey. Acto seguido ella dijo:

—¡Por Alá, oh padre! ¿Hasta cuándo habrá de durar esta carnicería de mujeres? ¿Quieres que te cuente lo que se me ocurre para salvar a ambas partes de la destrucción?

—¡Sí! Sí! ¡Habla, oh hija mía! —suplicó él.

—Me gustaría que me dieras en matrimonio al rey Sahriyar. Seré un alivio y seré un desahogo para las hijas vírgenes de los musulmanes y la causa de su liberación de tan cruentas manos.

—¡Alá sobre ti! —gritó con ira y perplejidad el visir, y no sin razón—: ¡Oh necia muchacha! ¡Exponer así tu joven vida! ¿Pero cómo te atreves a dirigirte a tu padre en unos términos semejantes? Has de saber que aquel que no posee una experiencia de las cosas del mundo cae fácilmente en la desgracia, y a aquel que no es capaz de mirar más que lo que tiene delante de las narices no le bastará la suerte por aliada, que como dicen los vulgares: *No hay mayor mentiroso que aquel que logra engañarse a sí mismo*.

—¡Pero así debe de hacerse, oh padre, y no de otra forma! —exclamó ella—. Concédeme el honor de esta buena obra, y que me mate si quiere: moriré por esas mujeres y su desahogo.

—¡Oh hija mía —dijo el visir—, ¿de qué te valdrá a ti eso una vez hayas lanzado tu vida a la basura?

—¡Oh mi padre, así debe hacerse, así! ¡Y lo que haya de suceder sucederá!

El visir se enfureció nuevamente y la culpó y reprochó:

—Es más, temo que te ocurra lo mismo que le sucedió al buey y al asno del labrador.

—¿Y qué les sucedió, oh padre?

Entonces el visir comenzó: